

# **COSAS MIAS**

*por*

**Rafael MEYRELES SOLER**

**Comentarista general de las Emisoras  
H 1 2 T y H 1 3 T LA VOZ DEL YUNA,  
de Monseñor Nouel República Dominicana.**

**Año del Centenario  
Era de Trujillo**

**Editorial LA NACION, C. por A.  
Ciudad Trujillo, R. D.  
1944.**

17415



BNPAU  
PDRV  
RD 863.42  
M615c



EN  
- 2823.42  
M6150

## **A los que lean:**

(si es que leen)

*Perdónenme este libro. Yo sé que Uds. esperaban —como encontraron en los anteriores— un manojito de poemas con un valor literario, grande o pequeño, definido.*

*Este libro no es eso. Es —cosas escritas con la prisa a que obligaban las tiradas de los periódicos para los cuales fueron hechas sin pensar en que iban a servir para un libro— una necesidad. Si. Una necesidad determinada por la relación que existe entre el dólar y el pensamiento. O, mejor dicho, por la necesidad que tienen siempre los dueños del pensamiento de algunos dólares.*

*Sin embargo, no creo que sea tan malo este libro que no merezca la benevolencia y el perdón.*

**MEYRELES.**

010297



17415-10

BNPHJ  
PD RV  
RD 863.42  
M 615 C



### ***Dedicatoria:***

Al distinguido caballero, Mayor don José Arismendy Trujillo Molina, Fundador Propietario de las Emisoras HIZT y HIZT, LA VOZ DEL YUNA, de Monseñor Nouel, República Dominicana, que tan entusiastamente contribuye al triunfo de los esfuerzos de su ilustre hermano el Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, por el "Progreso y la Cultura en General", con el respeto y la admiración del autor.





## ¡QUE VULGAR ES MI PENA!

Yo se bien que mi pena es vulgar y que no importa;  
pero, mar, en tu orilla se han ahogado mis rosas  
y en tu sal la dulzura de toditas mis cosas.

Fuí un iluso. Lo sé. Siempre lo he sido.  
Siempre que yo llegué la dicha había partido.  
Siempre fuí marinero de un barco hecho pedazos  
en los torvos escollos de una angustia  
o en las pérfidas rocas de un fracaso.

Yo se bien que mi pena es vulgar y que no importa;  
pero, mar, ¿con qué derecho marchitaste estas rosas?

En tu orilla se ha anegado de lágrimas su nombre  
y sin embargo sigues murmurando  
aunque me estés mirando triste  
—solo y triste—  
a la hora del ángelus.

Y es que es mi pena vulgar y que no importa.

Y aunque fué entre tu espuma que murieron mis rosas  
y en tu sal la dulzura de toditas mis cosas,  
“es mi pena una pena vulgar y no te importa”.

## TU DESTINO Y EL MÍO

Tu destino y el mío —ya dos sombras  
bajo el pálido sol de la hora triste —  
serán la misma historia repetida  
de todos los amantes que suspiran  
por el minuto azul de algún regreso.  
La misma historia trunca repetida  
de todos los amantes que partieron.

Tu destino y el mío —dos sollozos  
en la misma quietud del mismo olvido —  
será un sólo perfil del ansia muerta  
visto desde dos ángulos distintos.

¡Dolor de los caminos bifurcados  
que olvidan que antes fueron uno sólo!  
Nostalgia de los pétalos caídos  
en la inútil espera de un retorno.

Tu destino y el mío —ya dos sombras  
bajo el pálido sol de la hora triste—  
será un solo perfil del ansia muerta  
visto desde dos ángulos distintos.



## TU PASADO ESTA EN MI

Tu pasado está en mí —sombra de angustia —  
como una arruga vasta de dolores,  
tu pasado está en mí como un despecho  
de mis penas burladas.

Tu pasado está en mí como una flecha  
que lanzara tu ayer  
contra mi hoy dorado  
—¿Por qué tu vida  
no estará llena de mí desde el principio?—  
—¡Pedazos de tus amores viejos,  
cómo me estáis doliendo adentro!—

Quisiera haber sido yo el maestro  
de esos besos ardientes que hoy son míos,  
quisiera ser en tu recuerdo: único,  
para saber de cierto  
que yo soy algo más que un eco  
de algún amor pasado.

Tengo celos de todo lo que fuiste  
antes de que llegara yo a tu vida.  
Tu pasado está en mí como un despecho  
de mis penas burladas,  
como una arruga vasta de dolores...

## JUGUETE

Muchacha de la esquina casi a obscuras  
que te escapabas del novio consentido  
para venir por ratos a besarme,  
tu beso, por fugaz, por escondido,  
tiene el mismo sabor de aquellas frutas  
que —pirata de todos los cercados ajenos—  
me robé cuando niño.

Muchacha del rinconcito tibio  
donde la calle se ha quedado tuerta  
porque un chico travieso  
le rompió con su honda la bombilla,  
tu boca —sin pintar  
para que no descubran  
la picardía que le hiciste al novio—  
quizás al poco rato  
se olvidó de mi beso.  
Pero mi boca se quedó temblando  
como se queda el cáliz  
cuando echa a volar la mariposa.

Muchacha de la esquina casi a obscuras,  
tu amor ultramoderno  
hizo el milagro de borrar mi pena  
y de romper en risas  
toda la angustia que creí en mi pecho.

Me hiciste comprender que, al fin y al cabo,  
aún sigue siendo el piratilla loco.  
que con la cara sucia y sin zapatos  
aprovechó tantas veces los descuidos  
de la mujer del ventorrillo,  
para lanzarse al abordaje de sus mangos.

Muchacha de la esquina casi a obscuras,  
ese amor de juguete que me brindas  
tiene toda la lozanía de los tiempos  
en que privaba en "tíguere".



# HOY HE VUELTO A ESTAR TRISTE

*A Miguel Angel Jiménez*

Hoy he vuelto a estar triste.  
Tengo el alma  
como una vieja ermita abandonada,  
como una escuela  
que ya no visitaran los muchachos.  
Y tengo tu recuerdo  
como una de esas lluvias mansas  
que mojan la mañana de la aldea.

Estoy solo  
y —amarrada a la tarde quejumbrosa—  
tu ausencia es como un bronce milenario  
en el que sordamente me doblara a muerto  
la mano temblorosa de un fantasma.

Hoy he vuelto a estar triste.  
¡Pero mucho más triste de lo que nunca estuve antes!

Ya era tiempo... hacía mucho  
que estaba envuelto el mundo en carcajadas.





CUENTOS  
SEGUNDA PARTE







## COSAS DE ADENTRO

— Sí. Tienes que recordarlo. Casi me atrevería a decir que lo recordarás toda la vida.

Era la vez de la primera luna y se quedaron mudas las palabras. Jamás habíamos estado tan juntos y creo que jamás hemos vuelto a estar tan solos. Tu no me lo habías dicho todavía ¿recuerdas? pero tus ojos se me clavaron hondos y ahora comprendo lo que pretendían. Yo no lo supe adivinar entonces y los labios se te quedaron floridos de anhelos. Sin embargo ¡cómo te supe mía desde entonces! Cuando mi timidez se decidió e ingenuamente te besé las manos, te estremeciste toda. La luna recién nacida nos extendió un saludo pálido desde la noche que aún no había dejado de ser más que un amago de bienaventuranzas próximas.

Sí, tienes que recordarlo. Yo tampoco podré olvidarme nunca de ello. El crepúsculo se convirtió en aurora. Mi pasión halló por fin un eco que al principio fué lánguido y suave, y que ahora está salpicado de sublimes arrebatos. La noche de la entrega se van a abrir todas las rosas y a teñirse de púrpura los azahares.

Yo te imagino virgen todavía. No olvido que tu cuerpo ya ha celebrado otras veces la fiesta de la carne. Pero a pesar de todo te sé virgen. Porque tu virginidad me estaba reservada y solamente yo he de ahondar en sus misterios.

¡Yo te comprendo tanto! A tí no puede bastarte lo que le basta a todas las mujeres. La noche de la entrega yo te he de señalar un cauce nuevo, y la fiesta de la carne que celebres conmigo habrá de parecerte más divina. Para que

me recuerdes de otro modo, besaré más tus ojos que tu boca, y tu cuerpo será solamente la portada del alma.

Amada: esta noche es muy distinta a aquella. La luna ya no nace tan temprano, y por primera vez me hueles a tí misma. Tu perfume de hoy no me recuerda las marcas extranjeras, sino que me hace pensar en la yerba recién cortada y en las espigas recién abiertas. Mis besos se encienden en tus labios frescos, y tu cabello despeinado está como invitando a mis manos a que le hundan los dedos. Te siento tan mía como entonces. Pero yo me siento más tuyo que nunca.

Si entonces había ternura en tu mirada, hoy hay ternura y ansias.

Esta es una carta que se está haciendo larga. Pero es que nunca puedo hablarte de estas cosas y quiero hacerlo ahora. Cuando estás a mi lado se tornan mudas las palabras y las frases de amor se tornan gestos.

Antes de conocerte, mi vida fué una vida sin caminos. Ahora tengo la ruta que me marcan tus ojos, y estoy aprendiendo que todavía hay senderos que esperan y que podemos caminarlos juntos.

Al principio te confundía con mi primer amor. Pero ¿es que hubo antes en mi vida algún primer amor?

Vuelvo los ojos al pasado ¡y lo encuentro tan vacío! Recuerdo uno por uno todos esos versos que le fui dando a la vida, y en vano pretendo recordar nombres y rostros. Tú lo has borrado todo, si es que en realidad pudo haber algo... era la vez de la primera luna ¡y se quedaron mudas las palabras!

Noviembre 7 de 1943.



# EL DÍA DE MUERTOS EN MI PUEBLO

*Para mi tío: Dr. Fernando Pizano,  
Cónsul Dominicano en Baltimore, E. U. A.*

Hace ya mucho tiempo; mucho. Mamá guiaba mis primeros balbuceos alfabetizadores y mis ojos no podían ver más horizontes que los que les determinaba el libro voluminoso y pesado que por aquel entonces servía, como texto oficial de lectura, en las escuelas públicas. Mis recuerdos, simples y sin complicaciones, eran solamente un tropel de cuentos blancos que la abuela no se cansaba de repetirnos nunca.

Al principio me aburría sobremanera. Pero a poco que lo fui comprendiendo, el libro llegó a interesarme tanto que fueron pronto pocas las cosas que de él no recordara casi de memoria.

“El día de muertos en mi pueblo”. Primero me lo enseñaron párrafo por párrafo. Tenía que repetir una y otra vez: “hoy aquí, en la ciudad, reina el bullicio, yo suspiro por mis campiñas solitarias y silenciosas, por mis florestas esmaltadas, por las calladas márgenes del río donde sólo se oye el canto monótono del huaco”.

Entonces no me interesaba para nada, ni me producía emoción alguna este dos de noviembre que hoy me conmueve tanto. El Campo Santo de mi pueblo todavía no conocía del calor de mis lágrimas, ni me había visto lle-

gar —como hace apenas un año— a cuestras con una caja diminuta en la que, a pesar de toda su pequeñez, cupieron nueve meses de esperanza y toda una vida de ilusiones que no llegaron a cuajarse nunca. Pero leía a ese señor, del cual no he vuelto a oír hablar más nunca y que —si no me falla la memoria— firmaba Victoriano Agüeros, y en mi ingenua emoción de niño soñador y romántico se me antojaba que yo también podía sentir nostalgia por los pintorescos alrededores de la aldea, “por los huertos de plátanos y limoneros, sombríos y solemnes como los recintos de un templo”, o que podía recordar las veces en que “iba a orar en la humilde nave de la Iglesia, frente al modesto catafalco, o en el florido campo santo del pueblo, en medio de hierbas olorosas, de malvas azules, reclinado sobre una alfombra de césped bordada de pintadas florecillas”.

Pero ha llovido mucho desde entonces. El libro —como todas aquellas cosas azules que orlaron mi vida despreocupada y alegre— se perdió con mi infancia en este sueño loco de aprisionar estrellas que me nació un mal día, y que creo que me seguirá inquietando siempre. Los viejos de la casa también se fueron —se los llevó la vida inconmovible e implacable —y Mamá Paca nos dejó huérfanos de cuentos blancos.

La muerte nos dispensó su visita fatal por varias veces (mamá Carmela, papá Manolo, mamá Paca, mamá Rafaela) y en la última hizo que un ángel retornara al cielo. Segó con su guadaña seis años inocentes, y un día —¡un mal día!— Amelita se nos hizo remanso de nostalgia y rebeldía de inconformidad.

Entonces fué cuando empezaron mis cantos al Renuevo Presentido. A veces pretendía quedarme tan niño como mis dieciocho cortos años obligaban. Pero me salía al paso siempre esta sed de cosas altas que no he podido aplacar nunca, y una adustez prematura se me rompía como un reguero de siglos por la frente.

El Poema del Renuevo Presentido se quedó inconcluso esa vez y en la ‘tumbita’ sin flores de aquel ser que no llegó a asomar sus ojitos a la vida, empecé a comprender la emoción que me embargó de niño, cuando mis ojos se posaron en las páginas del libro de lecturas y, sílaba a sílaba, fueron descifrando todo el encanto nostálgico y triste que rebosaba ‘El día de muertos en mi pueblo’.



Por eso me ha amanecido hoy fresca la memoria. El Cementerio de mi pueblo es un hormiguero inmenso en el que los rezos y las velas tratan en vano de esconder el chisme profano y el comentario inoportuno que tras ellos se produce. Pero yo estoy solo, y frente al pequeño montículo de tierra que cubre aquel retoño fracasado, escondido de todos, suelto a vagar esta pena honda que siempre ando escondiendo. Y me parece como que retorno a mis días infantiles a través de unos rezos que yo creía ya olvidados para siempre.

Y entonces —¡oh, contradicción eterna de la vida!— me siento niño y débil de nuevo, pero con las espaldas encorvadas por el peso de este anciano que mi insensato sentimentalismo tan precozmente me colgó en los hombros.

2 de noviembre de 1943.





## LEYENDA SERRANA

Hacía ya largo rato que las sombras de la noche galopaban por los montes de la Cordillera Central que forman el lugar generalmente denominado La Sierra, dejando en cada uno de ellos la huella oscura de su paso. A excepción hecha de los pinos centenarios que con sus gigantescos troncos ponían en la negrura de la noche manchas más negras todavía, no se podía distinguir ningún objeto. Algunas veces Dios, con un descomunal cerillo, trataba de encender su cachimbo, pero el viento le apagaba el fósforo y todo volvía a quedar sumido en la más completa oscuridad.

Un lúgubre silencio, interrumpido sólo por el chisporrotear de la leña que ardía en el fogón de la cocina, donde nos agrupábamos en espera de un succulento sancocho, lo envolvía todo haciéndonos pensar en los misteriosos cuentos que de un modo tan especial sabía narrarnos el vale Gumersindo, nuestro guía, de unos sesenta y pico de años, pero que aún se mantenía fuerte con esa robustez que proporciona una sana vida de campo, quien esa noche se mantenía encerrado en sus pensamientos, sin pronunciar una sola palabra y contestando con monosílabos que parecían gruñidos a las raras palabras que muy de tarde en tarde le dirigía su hijo Juan Antonio

Nuestras sombras, reflejadas por la oscilante luz de la 'jumiadora', parecían demonios que bailaban una grotesca danza en las paredes, cambiando de forma a cada instante. De vez en vez, cuando la brisa soplaba del Este, llegaba hasta nosotros el murmullo del río que a corta

distancia corría encajonado entre dos peñas, y el perro, flaco con la lengua afuera, parecía beberse aquel murmullo. Dijérase que manos invisibles se entretenían en preparar el escenario en que había de desarrollarse el cuento que nos había ofrecido Gumersindo y que todos esperábamos impacientes.

Por fin, el rostro de Gumersindo se iluminó de repente como si acabara de encontrar algo que buscara desde hacía mucho rato y ahuecando la voz, como si tratara de impresionar mayormente a su auditorio, exclamó con el gracioso acento de los campesinos cibaños:

“¿Se acuerdan ustedes de la cruz de piedra donde nos detuvimos esta tardecita? — Y al escuchar una respuesta afirmativa continuó —Pues bien, ahora van ustedes a saber la historia de esa Cruz”...

.. y después de una corta pausa durante la cual encendió calmosamente el sucio y roto cachimbo, su fiel compañero, comenzó a contarnos, sin abandonar su marcado acento campesino, la siguiente historia:

“Hace mucho, pero mucho tiempo, vivía por estos lugares un viejo labrador dueño de varios miles de tareas en las que, a pesar de su avanzada edad, trabajaba él mismo, ayudado por un pequeño grupo de peones. Además, poseía una inmensa cantidad de dinero que guardaba celosamente y que tenía destinada para dotar a su hija el día en que, ya en su país natal, España, adonde pensaba regresar muy pronto, se casara con algún guapo mozo, dueño de varios pergaminos de nobleza.

“La niña, pues aún lo era, contaba apenas unos quince años de edad, y ya tenía más belleza que muchas mujeres. Su cuerpo, ligero y bien torneado, hacía pensar en la Virgen de la ermita, sus ojos eran dos gotas robadas al mar mientras dormía y en su boca tenía el rojo voluptuoso de un ocaso tropical.

“Muy raras veces se recibían visitas de hombres jóvenes en la finca, pues don José vivía siempre con el temor de que el inexperto corazón de Rosa, se dejara conquistar por algún joven pobre de los alrededores y muchas veces había jurado matar al que tratara de enamorarla.

“Cierta noche, comenzaba el invierno y la tormenta azotaba los bosques, mientras los rayos amenazaban echar abajo a los insolentes pinares que parecían desafiarlos con



sus altos troncos y la voz potente de los truenos hacía estremecer de espanto los montes de La Sierra, acertó a pasar por el camino un joven oficial español que comandaba un piquete de soldados que habían sido destacados para apaciguar un sublevamiento en Los Montones y que, al encontrar interrumpido el vado por la creciente del río, decidió refugiarse en el viejo caserón hasta que amainara la tormenta.

“Rosa se encontraba sola en la casa, pues don José, que a despecho de los años conservaba todo el fuego de su juventud, había salido con la peonada a recoger el ganado por miedo a que la inundación lo destruyera, y no se sintió con valor para negarle a aquel arrogante joven el favor que le solicitaba y mientras él tomaba asiento en un rústico, pero confortable sillón, ella se dirigió a la cocina para servirle una taza del aromático café de aquellas regiones.

“Era algo inexplicable esa extraña emoción que ella jamás había sentido y que hacía temblar la blanca y suave mano con que le ofrecía la humeante infusión a su huésped al mismo tiempo que coloreaba su rostro y la hacía sentir embargada por una infinita dulzura y un loco deseo de caricias y de mimos... Desde ese momento sus movimientos fueron torpes y sólo atinó a balbucear algunas palabras de gratitud cuando el oficial alabó el buen gusto del café y la pericia de la bella persona que lo había colado.

‘Andrés, el joven oficial, también sentía que algo desconocido acababa de nacer dentro de su corazón. Algo muy dulce, muy bueno que lo hacía pensar mil cosas diferentes y sintió deseos de estrechar contra su pecho aquella cabecita y de besar la chorrera de oro de su pelo. Y a fuerza de pensar los dos en la misma cosa, sintieron que se iban acercando el uno al otro, que sus manos se buscaban y, siempre en silencio, como obedeciendo a un mandato secreto, juntaron sus bocas y..... . . . . Un rumor de voces y de pasos en la entrada los distrajo del éxtasis sublime en que se encontraban y, en el preciso instante en que la puerta se abría para dar paso al padre de Rosa, se separaron bruscamente, pero Andrés tuvo tiempo de murmurar “Mañana por la noche en el camino”.

“Después de los rutinarios saludos, Andrés expuso su situación a don José, que no se había percatado de nada, y obtuvo el permiso para pasar la noche allí.

“El canto del gallo le sacó de su sueño, en el que se veía feliz al lado de la linda Rosa, y después de gustar el rico café, servido esta vez por uno de los peones, y de despedirse del amo de la finca, se alejó a caballo, volviendo de trecho en trecho la cabeza para mirar un pañuelo que se agitaba tras un árbol diciéndole adios... .. “La cortina de los días y las noches descorrióse muchas veces. Y todas las noches la maya verde, recogía en su seno los tiernos juramentos y los cálidos besos de los dos amantes, que sin atreverse a comunicarle su pasión a don José, se veían a hurtadillas; pero un día, Andrés no vino. Y como esa noche, pasaron muchas. Rosa no sabía cuántas, pero la luna nueva iluminó muchas veces la portada ancha y la encontró vacía. El viejo Cronos seguía marcando impasible su compás en la arena del camino y aquella niña, que no tenía más pecado que el de amar con locura, no volvió a escuchar el silbido melodioso de su amado. Las huellas del dolor y el sufrimiento se marcaban en su rostro y poco a poco iba perdiendo la feliz alegría de los dichosos días en que esperaba al novio ... .. Pero una noche, mientras daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, sintió el silbido alegre en el camino y pensando en su adorado se arrojó del lecho y salió al encuentro del dueño de su corazón.

“La luna se había ocultado tras una nubecilla, pero la luz de las estrellas era suficiente para que Rosa distinguiera a su adorado Andrés, semioculto tras la maya que bordeaba la casa.

“El, con una voz que parecía venir de ultratumba, le explicó la causa de su ausencia: Don José había descubierto sus amores y penetrando escondido en el campamento lo había asesinado mientras dormía y ahora, cuando se cumplía precisamente un año de conocerse él, mejor dicho su sombra, venía a cumplirle sus juramentos y llevársela a un sitio donde nadie podría volver a separarlos.

“Entonces, como por arte de magia, ella sintió que poco a poco se iba separando de su carne y que, libre de todo peso, se deslizaba por el camino blanco. Andrés la abrazaba y fuertemente unidos se alejaban de la casa vieja, la portada ancha y la maya verde que escuchó sus besos.

“Al otro día el cuerpo de Rosa fué sepultado y sobre su tumba se erigió esa Cruz de piedra donde nos detuvimos esta tarde, y desde entonces todas las noches, a las doce en





punto, se pueden escuchar en el camino los pasos de los dos amantes que van a sentarse en el mismo sitio donde ocurrió esta historia como a dos kilómetros de aquí. . .”

Y al terminar Gumersindo su relato, todos, como impelidos por un mismo pensamiento, volvimos los ojos hacia el viejo reloj que se aburría en el rincón de la cocina, percibiendo en ese mismo instante el roce de unos pies en la arena del camino. Una gran curiosidad se apoderó de nosotros, pero nadie fué capaz de asomarse a la ventana. . . y así, rumiando en silencio la historia de nuestro guía, que lo tétrico del ambiente nos hacía creer, permanecemos largo rato hasta que la voz de la dueña nos llamó para decirnos que el sancocho estaba listo.

Ya por la mañana, preguntamos en la pulpería la causa de aquel rumor de pasos y se nos contestó que siempre, a la misma hora, se sentía ese rumor y que los viejos del lugar decían que eran dos novios que se habían amado mucho y que seguían amándose después de muertos; pero que aunque varios “guapos” se habían puesto a acechar no habían descubierto nada y en cambio habían oído los pasos que pasaban cerca de ellos.

Y mientras el sol, como un chiquillo que jugara, se entretenía en trepar por el espacio, nosotros, con la montura al paso nos alejábamos, en fila india, callados y pensativos.





# PACO

## UNA COPIA VIVA DE TOM SAWYER

Las calles de la capital sienten día por día crepitar sobre el lomo de sus aceras, el duro taconear de Paco, —su apellido ni lo conocemos ni nos importa —un muchacho, un niño, que acaba de cumplir los 16 años de edad. Esto no lo creen casi nunca los miembros del Ejército Nacional encargados de la Cédula Personal de Identidad. En verdad que Paco parece tener mucho más edad. Esa apariencia le obligó a sacar el “cartón” antes de tiempo. Y por ahí anda con una amplia serie de aventuras, intensamente vividas por él, que —a los ojos de sus amigos de la misma edad— lo rodea de una especie de aureola heroica que lo hace parecer más grande, más —mucho más— interesante que todos. Y, como si se diera cuenta de lo mucho que crece su anatomía cuando se engrosa de aventuras pasadas, se goza en contarlas y repetirlas de un modo especial —Paco tiene grandes dotes de cuentista— a todos cuantos quieran pasar un rato más o menos entretenido. Y nosotros fuimos de los que instaron a Paco a referir sus aventuras.

Oyéndolo se nos metió en el pensamiento la idea de que el padre de Paco —que debe ser un buen señor gordo y prosaico, con los fondillos remendados y las faldas de la camisa saliéndosele del pantalón— es un gran plagiador. Mark Twain se habría quedado perplejo de conocer a Paco. Su Tom Sawyer no podría encontrar mejor imitador.

A la edad de catorce años ya Curazao, Aruba, Martinica, Guadalupe, New Orleans, San Salvador, Trinidad, Buen Aire, La Guaira y otros muchos puertos americanos, eran

viejos amigos de nuestro héroe, suponiendo cada escala en ellos una aventura distinta. Ora en mar, ora en tierra, Paco era el "hombre" que ponía sus catorce años no cumplidos en contra de la disciplina del barco en que viajaba, en calidad de grumete o cualquier cosa, y le rompía un tobillo al contramaestre de un "cadenazo" para vengar un coscorrón merecido o no. Fué el aventurero insigne que fumó todas las marcas extranjeras de cigarrillos, agregando a cada uno —para que no faltara nada en la aventura— su consabida dosis de "mariguana".

Y para complacer mejor su similitud con el héroe que Mark Twain glorificó en la obra que escribió "para hacer recordar a los mayores las cosas que hicieron de pequeños", Paco tenía un compañero de aventuras. Lo encontró de improviso en una nueva partida de enrolamiento de trabajadores para el barco y se hicieron grandes amigos. Dominicano también y, poco más o menos, de la misma edad de Paco, el nombre de este nuevo personaje no pudimos averiguarlo. Pero bástenos saber que era igual en todo al Huckleberry Finn de Tom Sawyer. Juntos visitaron los cafetines del puerto. Juntos apuraban cerveza tras cerveza hasta exponerse a perder la salida del barco. Y el moderno Finn era el encanto de Paco. Nadie como él para decir chistes "colorados" mientras descansaban en el castillo de popa. Nadie como él para inventar excusas conque justificarse ante el capitán por un retardo en tierra. Y, por último, nadie como él para viajar "de gorra" cuando quedaba sin contrata. ¡Era algo maravilloso este Huckleberry Finn!

Pero la capital deslíe indiferente su agitada existencia sin que su pequeño héroe le merezca la más mínima atención. La velocidad de la vida moderna, la guerra, todo, nos quita interés por las cosas nuestras, y esa perfecta copia viva del espíritu aventurero y soñador de Tom Sawyer que se llama Paco, sigue de grupo en grupo de amigos narrando sus aventuras, sin que surja el nuevo Mark Twain que lo inmortalice y se inmortalice con él.



# MARIA

## UNA HISTORIA SIN IMPORTANCIA

El nombre es una de las tantas cosas sin importancia que tiene nuestra historia. Le pusimos María, porque de alguna manera teníamos que llamarla. Pero lo mismo podría haberse llamado Juana Díaz, que Antonia Fernández, o Joaquina López. También sería lo mismo que hubiera nacido en Gurabo, en Pontezuela o en la Sierra. La historia hubiera sido igual. La misma historia fatal y simple de muchísimas mujeres.

Lo interesante es que un día llegó a su casa del campo, miserable como todas esas viviendas sucias y pequeñas, de un solo aposento en el que duermen como almacenados el padre, la madre y los hijos, en que se albergan nuestros campesinos pobres, una señora —que de señora no tenía más que los humos que ella misma se daba— gorda y perfumada, vestida de rojo y con la cara llena de colorete barato, y mediante falsas promesas de bienestar y comodidad se la trajo para el pueblo.

O a lo mejor no fué de esa manera. Puede muy bien haber sido de otro modo. Un día noche su novio, un muchacho del pueblo vestido de casimir y fumando cigarrillos de tipo americano, le propuso venirse con él. Le dolía dejar a su padre y a su madre, a sus hermanos. Le dolía la perspectiva de no poder volver más nunca en su burro al arroyo a buscar el agua para toda la familia. ¡Pero eran tan tentadoras las promesas, dichas con voz insinuante y dulce!

Y, bueno, con todo, nada de esto tiene importancia. Lo que verdaderamente la tiene es que un buen día amaneció

en una casa en la que habían otras muchachas como ella. Ese día tuvo que levantarse empolvada y con los zapatos puestos, porque la "dueña" no permitía mujeres sucias en su casa.

Y aquí comenzó la verdadera historia triste de María. Al principio no quiso amoldarse a aquella vida y buscó colocación como sirvienta en alguna casa rica. Pero era demasiado buena moza para que pudieran sufrirla los celos de las encopetadas amas de casa. Y, al fin, la venció el hambre.

A los tres días, cuando ya comenzaba a entender la música escandalosa de la vellonera o del sexteto, se le echó encima un hombre con pretensiones de marido. Crédula y buena, confió en su palabra y al poco tiempo ya eran dos para vivir de su pecado.

Así desfilaron por sus intimidades diez, veinte, treinta, no sabemos —ni ella lo sabe tampoco— cuantos hombres.

Pero eso tampoco tiene importancia en esta historia. Sus senos, antes erectos y tentadores, perdieron la gracia que trajeron del campo. Sus ojos ahora tenían unos cercos morados que no alcanzaba a disimular el colorete. Su boca, al principio roja como una cereza, acaso si se dibujaba casi ya en su rostro. Y sus dientes, aquellos dientes blancos como perlas, le habían dejado varios huecos a través de los cuales se podría contemplar toda una existencia azarosa de golpes y maltratos.

Pero, ¿y quién pretende conceder importancia a esas cosas?

Un buen día; quizá el mejor de todos los que ella vió desde que salió de su casa, le cerraron los ojos en el Hospital unos hombres y unas mujeres vestidos de blanco, con unos gorros blancos, y con unos guantes blancos, que no tuvieron para ella ni una lágrima, ni una plegaria compasiva. Y de ahí en adelante todo se le quedó en blanco. Poco a poco se le fué enterrando en los ojos el blanco de las sábanas, el blanco de las paredes, el blanco de las túnicas que vestían aquellos hombres, el blanco de los gorros, el blanco de los guantes. El cuerpo mancillado se quedó como vacío en aquel salón lleno de cosas blancas, y otra cosa blanca, más blanca que todas las demás, se perdió impalpable y silenciosa por uno de los ventanales.

Mas, ¿a qué contar historias como éstas? ¡Son cosas que tienen tan poca importancia en la vida!



## GABINO

Por el norte de la ciudad de Santiago de los Caballeros se extienden, con sus correspondientes ramificaciones de Abajo, Al Medio y Arriba, las vecinales secciones de Jacagua —donde estaba enclavada Santiago cuando la destruyó el terremoto— Gurabo y Las Totumas— cuya exacta jurisdicción no estamos seguros de conocer por los diversos nombres que aplican nuestros campesinos a algunos de los campos que habitan. Las Totumas se hizo célebre por la talla nada común de sus burros.

En medio de estas secciones, la carretera que conduce a Puerto Plata, ha tenido un lengüetazo serpenteante que desgaja en dos la verde anatomía de este conglomerado de secciones. Por' esa carretera desembocan al pueblo las expertas tejedoras de cabulla para vender sus productos. Por ella también bajaba Gabino todas las tardes arreando "sus vacas" y cantando décimas campesinas a una amada que nadie conocía, pero de la cual todos habían oído hablar.

Gabino era —o es, no sabemos si existe todavía— un loco. Sus poco más o menos treinta años de edad deslizaban su existencia sobre unos pies descalzos, curtidos por el sol y el roce constante con la tierra. De complexión robusta —como la inmensa mayoría de los hijos de la Naturaleza— andaba diariamente kilómetro tras kilómetro sin que la más ligera muestra de fatiga se le asomara a la carne morena. Sus vacas —grandes y numerosas— no eran más que un producto etéreo de su imaginación descarriada que despertaba la hilaridad de todos cuando pasaba dirigiendo su ganado. Y, como era natural, la existencia de la amada fué achacada también al delirio del loco. Todos pen-

saron que amada y vacas tenían la misma imaginaria factura.

Pero lo que nadie notaba era que había un sitio en la carretera donde Gabino imprimía a sus rústicas canciones un misticismo tal que rayaba en arrobamiento y le daba apariencias de artista. Parecía como si de improvviso recobrara la razón perdida. Su voz se tornaba dulce, agradable, tierna, y se elevaba fuerte y segura sobre el murmullo de los árboles. Andaba más despacio y el sombrero de cana, sucio y roto, que casi no alcanzaba para cubrir su cabeza despeinada, tapaba por completo los mechones de pelo duro que se le caían por la frente. Casi nos atrevemos a decir que un destello de coquetería iluminaba en esos momentos su mente embrutecida. Siempre el sol en ese instante llegaba al término de su viaje; pues Gabino —como si quisiera impresionar mejor a la reina de sus cantares, que, sin duda, vivía por los alrededores— calculaba con precisión matemática el tiempo y la distancia de manera que el crepúsculo vespertino se le rompiera siempre en las espaldas en el mismo sitio de la carretera.

Pero sucedió que un día los vecinos extrañados oyeron como el canto de Gabino se detenía de golpe en mitad de la estrofa que con más énfasis cantaba siempre:

**“Poi ei soi que ya se apaga,  
poi Dió también te lo juro,  
tú ha de sei mi única amada...”**

.....

La estrofa quedó en suspenso. Cuentan algunos campesinos que pasaban cerca, que vieron como Gabino —los ojos desorbitados y crispados los puños— se olvidaba de sus vacas y, en silencio clavaba la mirada en una escena que se desenvolvía a pocos pasos de distancia. Dos bocas amantes se unían en un beso al amparo de las primeras sombras de la noche, bajo un portal que se abría a un lado de la carretera.

Después se volvió a elevar la voz por el recodo de un trillo —el callejón de Felipa —que se iniciaba a corta distancia. Esta vez, triste y entrecortada por un llanto mal contenido, pero revelando una furia y un odio indescriptibles. Decía:

**Pagando iguai tu duresa  
mi vida mai te desea,**



llena de llaga'j te vea  
de lo pie j'a la cabeza;  
y para mayoi tritesa  
te vea llena de piojo  
sin jallai ningún depojo,  
ni un güesito que comei,  
y para ma padesei  
cueivo te saquen los'ojo.

Dos carcajadas simultáneas sirvieron de final a la canción del loco. Y desde entonces el eco de los cerros cercanos jamás se volvió a inflar de las exclamaciones conque Gabino arreaba sus vacas. El sol siguió muriendo como siempre, imperturbable, por las tardes. Pero su caída diaria quedó ya huérfana de las rústicas canciones románticas a que ya se habían acostumbrado los árboles del camino. La desaparición de Gabino fué, y sigue siendo, un misterio impenetrable. Nadie debía saber nunca el sitio donde fué el pobre loco a sepultar sus sueños.





## JANNY

Las tardes capitaleñas pasan calientes e insensibles —rosario lento de horas interminables— por la puerta del establecimiento comercial donde Janny trabaja. Sus manos, blancas y finas, no se hicieron a la tarea ardua ni al trabajo agotador. Parecen estar siempre mirando muy lejos, o soñando cuentos de hadas en la extensión de un cielo ebrio de sol, redondo de luna blanca o roto de estrellas tenues.

Y Janny trabaja y sueña. En el fondo de su vida diáfana se esconde el inquieto poema de un recuerdo dorado. El barco que nos la trajo de Cuba cargó también con su equipaje de ensueños. El mar con su murmullo eterno y recio no basta a ahogar la voz amante que desde la otra orilla se rompe en endechas sutiles por el oído interior de sus inquietudes íntimas.

Las tardes capitaleñas siguen pasando calientes o insensibles. Una infinidad de hombres-prosa clavan el aguijón de sus retinas absurdamente codiciosas en la gentil silueta blanca de la cubanita rubia. El calor de la gran urbe se aprieta de palabras huecas que quieren parecer sentidas, pero que no alcanzan a penetrar los hermosos paisajes interiores de Janny. Sus labios dejan paso a una sonrisa perla y grana casi eterna, y mientras cada cual se aleja imaginando solamente carne en Janny, nosotros penetramos muy adentro por sus ojos y muy hondo por su alma. Y allá adentro, cual tesoro de un avaro, encontramos un recuerdo. Un recuerdo noble y largo que alumbraron muchos soles y que tuvo mil auroras ideales.

Seguirán pasando tardes insensibles. Seguirán las fra-

ses huecas de los hombres. Y habrá siempre una sonrisa perla y grana por sus labios. Pero siempre habrá un recuerdo, un recuerdo noble y largo, allá adentro —muy adentro —de su alma.



## SACRIFICIO

"Yo no sé si te quiero  
Puede ser que tú me ames,  
Mas tu vida y mi vida  
Se encontraron muy tarde..."

Mi corazón ajeno ya no puedo ofrendarte,  
Ya no tengo esperanzas ni ilusiones que darte  
Ahora somos tan sólo dos líneas paralelas  
Que marchan casi juntas y no pueden juntarse  
E iremos por el mundo como quiera el destino,  
Uno al lado del otro por el mismo camino.  
Tu marchando de prisa, yo rumiando el recuerdo  
Y entre los dos abiertas las fauces de un abismo

Yo no sé si te quiero,  
Puede ser que tú me ames,  
Mas tu vida y mi vida  
Se encontraron muy tarde"...

Al terminar de leer estos versos que había encontrado en el viejo álbum donde su abuelo guardaba todo lo que escribió en sus mocedades, la pequeña Lillian levantó los ojos fijando la vista en el viejito que, recostada la cabeza en el espaldar de la butaca que le servía de asiento, dormitaba a su lado.

Lillian no había cumplido aún los catorce años y su cuerpo, graciosamente diminuto, poseía una encantadora movilidad que la hacía parecer de menos edad. Tenía una clara inteligencia y pasaba todo el día acosando a pregun-

tas a su abuelo, quien con manifiesta complacencia contestaba a todas ellas, viéndose obligado, la mayor parte de las veces, a revelarle a su nieta los motivos que habían inspirado sus poesías.

Ese día Lilian sintió una gran curiosidad por conocer la historia de los versos que acababa de leer y cuyo título, "Por el mismo camino", escrito con letras grandes, le había llamado poderosamente la atención, y, despertando súbitamente al anciano, le dijo en un tono encantador: —"Abuelito, ¿a quién le escribiste estos versos?"

El abuelo, sorprendido, miró la poesía que le señalaba la nieta y con visibles muestras de contrariedad, le contestó evasivamente:

—A nadie. Sentí deseos de escribir...

—¿Y por qué los dedicaste a "la que pudo haber sido si hubiera venido más temprano?"

Un repentino rubor cubrió las mejillas del anciano al ver que se había dejado sorprender por la agilidad de pensamiento de su nieta y, dándose cuenta de que hubiera sido vano todo intento de negarse, se dispuso a contarle la historia de sus versos.

—¿Me prometes no decirle nada a la abuelita?

—Te juro que nada le diré.

—Pues escucha. Hace ya muchos años de eso. Tantos que no me acuerdo cuántos. Yo era muy joven. Apenas había llegado a los dieciocho años de edad, pero ya sabía de la vida casi tanto como ahora. Llegó el carnaval, su fecha se me ha olvidado, y con él la temporada de bailes. No se oía hablar más que de disfraces, de música y de todas esas cosas de que se habla cuando la juventud llena de vida a los seres.

—Al primer baile, no sé por qué motivo tu abuelita, que entonces era mi novia, no quiso acompañarme y me fui sólo.

—Pero sin ella no me atraían la música ni el baile y, sentado en una silla, dejaba transcurrir las horas llenas de alegría para todos y para mí llenas de melancolías. Mas he aquí que cuando, cansado de tanto ruido como el que hacían las traviesas máscaras que llenaban el salón, me disponía a retirarme, sentí que una mano se agarraba a mi brazo, mientras una voz alegre me preguntaba: ¿Por qué no baila?

Lleno de sorpresa volví la cara y mis ojos tropeza-



ron con la más encantadora criatura que imaginarse pueda. Sus ojos, de cuyo color no me acuerdo, brillaban en el fondo negro de la careta con un fulgor que nunca podré olvidar. En su boca, oculta por el antifaz, creí adivinar una sonrisa y su cuerpo, lleno de voluptuosidad, se presentó ante mis ojos como algo tan delicado que no pude rechazar la invitación que velaba aquella pregunta y, casi sin darme cuenta, me encontré con ella en los brazos bailando una pieza que aún a veces recuerdo. Mi preciosa interlocutora, que poseía una exquisita voz, dejaba deslizarse en mis oídos la letra de la canción que interpretaba la orquesta y yo creía estar soñando. Me parecía imposible que fuera verdad lo que estaba sucediendo.

—Y bailamos mucho. Sentí un gran deseo de conocer su rostro y al fin ella accedió a mis reiterados ruegos despojándose de la careta y del pañuelo que sujetaba sus cabellos.

—Aquello fué espléndido! La cara más linda que en mi vida he visto, se presentó ante mis maravillados ojos iluminada por una sonrisa. Los labios, a quienes el licor habían despojado de todo retoque artificial, parecían ofrecerme las delicias de sus besos. Los cabellos se me antojó que me invitaban a hundir en ellos mis manos y el brillo de sus ojos era más bello que al principio.

—Todo turbado no sé ni que le dije. Pero deben haber sido muchas cosas lindas, puesto que su sonrisa, llena de encantos, continuaba haciéndome invadir por una inexplicable sensación...

Tras una prolongada pausa hecha por el anciano como para hilvanar mejor sus recuerdos, continuó diciendo:

—Después de ese vinieron otros bailes. Si mi novia me acompañaba, mis ojos se afanaban por adivinar tras de cada careta la cautivadora sonrisa de la bella más cara del primer baile. Si no me acompañaba, no descansaba hasta lograr tenerla entre mis brazos o sentada a mi lado.

—“Después...? (un hondo suspiro entrecortó la narración del abuelo y cambiando de tono cual si quisiera evitarse tener que revelar algún secreto dijo): escribí esos versos que tanto te han llamado la atención.

Una nueva pausa en la que se adivinaba suspenso un capítulo de su historia, detuvo nuevamente el relato hasta que:

—Una gran fuerza de voluntad —volvió a decir— tuve

que desplegar y un gran sacrificio tuve que hacer para no volver a ver a la máscara aquella. Pero mi amor por la que hoy es tu abuelita, me ayudaba a soportar la pena de poder tenerla de nuevo en mis brazos. Mas a pesar de todo el esfuerzo que he hecho, no he podido olvidar nunca ni su sonrisa ni su voz y, hace un rato, cuando me despertaste, yo soñaba que estaba a mi lado y que había venido para cantarme como entonces.

Y repitiendo casi imperceptiblemente:—“Y su vida y mi vida se encontraron muy tarde...” dejó caer de nuevo la cabeza en el amplio espaldar de su butaca y cerrando los ojos, volvió a rumiar sus dulces recuerdos, mientras la pequeña Lilian seguía hojeando el viejo álbum en busca de una nueva historia...



## CUENTO

—¡Alevántate, muchacha! Lo'j gallo han cantao ma de bente vece ejta mañana y entoavía no me ha dao el cafesito—.

—Ya vor, agüelo, ya vor—.

El sol —niña coqueta que se arregla ante el espejo— quería contemplarse —travieso— en las límpidas aguas de la laguna a cuyo borde, y como un pájaro gigantesco próximo a levantar el vuelo, radicaba la casita de cana donde tenían su nido el viejo don Antonio y su nieta “Anisabei”, de cabellos tostados y rostro curtido por el sol. El astro del día —insatisfecho aún de su tocado— quería desobedecer el mandato de la Naturaleza y retardar su salida ocultándose en la vaporosa cortina de nubes que tapizaba la cresta azul de la montaña.

Tierra adentro sacudía el letargo de la noche y hacia occidente podían notar todavía los cachitos de algún astro retardado.

Y como si el café de don Antonio fuera la llave mágica que abría las actividades del campo, a poco de tomar el viejo en sus manos temblorosas la taza humeante, el paisaje amplio y salpicado de trinos se invadió de sol. Olía a sudor temprano y a machete trabajador, mientras por delante de la casita pasaban las mozas en burro camino del pueblo, y los mozos descalzos, en pos del conuco los diligentes, y de la pulpería cercana los “jaraganes”. Un rosario de saludos hacía entreabrir los labios del viejo campesino interminablemente, mientras fumaba su cachimbo sentado a la puerta de su hogar.

Una pasividad rara en él lo obligaba ese día a perma-

necer sentado. El camino polvoriento que, desde tiempo inmemorial, se había acostumbrado a verlo pasar muy de mañana, extrañaba el peso de sus pies descalzos. Las dos vacas de ordeño —único tesoro del viejo— al no sentir en sus ancas las palmadas amistosas del dueño querían como negarse a dar su leche a la nieta. Tierra adentro —tan alegre siempre— estaba triste esta mañana.

Sin saber por qué, Anisabei, contagiada de la apatía de su abuelo, no cantaba como siempre. Se pasaba las horas trajinando en silencio y mirando de vez en vez al viejo, extrañando que hubiera suprimido tan de repente de su vocabulario tosco el “ajo” grosero, y que permaneciera inmóvil en la puerta del rancho contemplando el móvil reflejo de la montaña en la laguna.

Don Antonio fumaba. Fumaba y soñaba...

Cerraba los ojos, en cuyas retinas tenía grabada la imagen de la montaña, y se veía a sí mismo correteando por las abruptas laderas o zambullendo en la laguna. Después, bocanadas de humo borraban de su imaginación ese recuerdo de su lejana infancia, y, tras un rato, volvía a verse. Pero ahora en su mula de silla, brillándole en la cintura el colt “mojoso” que supo del olor a sangre en los cantones, y al afilado cuchillo que se desenvainó tantas veces en las fiestas para vengar afrentas que afectaban su hombría. El borrante del humo volvía a cortar sus pensamientos y entonces —tras un corto intervalo— se veía de nuevo. Pero ya no estaba solo. Se encontraba en el corrillo de un velorio manchado de pícaras décimas y de queso blanco. Mas, con agilidad de acróbata, saltaban sus recuerdos y se veía entonces bebiendo lejanías en su mula en busca de donjuanes aventuras. Y pasaba por su imaginación una caravana interminable de mujeres. De mujeres olvidadas tras los últimos compases del merengue favorito...

Y don Antonio seguía fumando. Fumando y soñando...

El descenso de la tarde lo encontró en el mismo sitio donde se sentara por la mañana. Se había hecho traer el viejo acordeón que tantos y tantos años pasara olvidado, pendiente de un clavo enmohecido.

—¡Muchacha —exclamó de pronto dirigiéndose a la nieta que le observaba! —vete a la cocina a apurá lo'j plátano de la sena, que yo vor a echaí mi última parranda... Y que vor yo mijmo a tocai mi última fieta...!

Sin acertar a comprender el significado de estas pala-



bras, la muchacha se dirigió obediente a la cocina, al par que el merengue favorito del abuelo se escapaba —perezoso al principio, ágil después— del cansado instrumento.

El sol se marchaba, y, a medida que descendía, con esa lentitud de los crepúsculos tropicales, iban languideciendo los compases de aquella música que sonaba de un modo extraño a los oídos del anciano ejecutante. Le parecía que su alma se iba con el astro del día. Sus ojos se tornaban pesados, y sus dedos, al mover el fuelle iban perdiendo paulatinamente la movilidad que los animó al principio. Las bocanadas de humo del cachimbo eran más espesas, pero menos continuas. Y el sol seguía bajando la pendiente del ocaso entre un piélago de nubes de colores.

De pronto, la música se fué tornando otra vez más viva. Los ojos entrecerrados de don Antonio se abrieron desmesuradamente y brillaron con fulgores extraños. Se avivó de nuevo el merengue. Los compases acrecentaron su marcha y se perdió por completo el concepto del ritmo. La música se convirtió de pronto en una melodía infernal que sollozaba, que gemía y que rugía desesperadamente. Diríase que fueran los rugidos de una fiera enjaulada. Y aumentó el ruido. Que ya no era música aquel conjunto de sonidos. Y había en los ojos del anciano ejecutante algo que daba sensación de cosa perdida, de cosa lejana.

Después —como cortado por el filo de un machete— cesó todo aquello. Ya el sol había dejado su puesto a las sombras de la noche...

.....

Y cuentan los vecinos del lugar, que en noches de tormenta, cuando el viento galopa desenfrenado por la cresta de la montaña y el relámpago pone intermitencias luminosas en el cielo, vuelve a escucharse, con vaguedad de cosa muerta, la salvaje melodía y puede verse, brillando en las tinieblas, la lumbre agonizante del inseparable cachimbo del viejo don Antonio.





# PERIODISMO





## HOMBRES DE TALENTO YORYI MOREL

Nosotros —y hora es ya de que nos vayamos dando cuenta de ello— también tenemos hombres de talento. Hombres de talento y valen más y que tienen mucho más mérito que los hombres de talento de cualquier otro país del mundo; puesto que han tenido que hacerse ellos mismos a base de vocación y de una autodedicación —si es que puede decirse esto—, de un esfuerzo personal, digno del mejor de los encomios.

Hoy queremos referirnos a alguien que es, quizás —y sin quizás— uno de los que más derecho tienen a contarse en el escogido número de los hombres de talento. A alguien que ha tenido suficiente talento para encontrarse a sí mismo y que le sobra talento para encontrar a los demás, a través de unas geniales creaciones intensamente expresivas. Nos queremos referir a nuestro insigne Yoryi. A nuestro Yoryi Morel, inquieto y nervioso, a pesar de toda esa aparente tranquilidad que todos le encontramos en el rostro. A este Yoryi Morel cuya vida es un continuo y eterno torrente de luz y de color y en cuyos ojos lleva siempre prisionero todo el oro de este sol de los trópicos que él ha sabido lograr como nadie.

Yoryi nació un 24 de octubre. Lleva pintando alrededor de veinte años. Pero ya el color le atraía y le fascinaba desde mucho tiempo antes. Desde los tiempos en que juntaba las etiquetas y los anuncios en colores de distintos productos industriales y decoraba con ellos su alcoba. El color le obsesionó siempre. El color y la luz. Eso lo andan diciendo

a grandes voces todas esas telas en que Yoryi pone un poco de sol del que está viendo en la naturaleza y un mucho del sol que lleva adentro.

Esa es la realidad de Yoryi. Decíamos al principio que Yoryi ha tenido suficiente talento para encontrar a los demás. Y es que Yoryi, seguro ya de poseerse en toda su plenitud sin que para ello tenga esa necesidad de salirse de curso que confronta la inmensa mayoría de los pintores de ahora cuando quieren llamar la atención; se permite el lujo de salirse de vez en vez de su curso en unos trazos tan geniales que el mismo Picasso envidiaría, como para que los otros vean que él también sabe hacerlo, y como demostración de que es que no le interesan esas innovaciones que salvo las excepciones que constituyen los verdaderamente genios, sirven con frecuencia para excusar una impotencia creadora o de dominio en el color.

Al hablar de Yoryi Morel no nos anima la intención de criticar ni comentar su técnica. Artistas —tan artistas como el mismo Yoryi, aunque en otro aspecto del arte— no nos interesa la ciencia de ese arte. Nos interesa solamente la emoción estética que nos producen los cuadros del genial artista y para comentarlos nos basta el gesto que hizo nuestro espíritu ante ellos.

Con eso logramos la fuerza de expresión suficiente para respaldar la conclusión a que ya habíamos llegado al comenzar estas notas: Nosotros también tenemos hombres de talento.



# PEDESTAL

## LA CRUZADA INDEPENDENTISTA

Los años, lentos y pesados, discurren como una maldición sobre la Patria. Las ansias se estrellan impotentes y se desvanece la luz de los anhelos en la tiniebla espesa y luctuosa de las eternas horcas caudinas que doblegan la cerviz altiva del alma quisqueyana. El concepto de la vergüenza se idiotiza y queda como un guiñapo inútil bajo la pesada planta de las hordas extranjeras. Veintidós años son una eternidad sorda y amarga. Veintidós eslabones que la cadena del tiempo enlazó al cuello de los esfuerzos libertadores.

El ambiente se ha quedado huérfano de afanes y los linderos se acortaron, como si los horizontes empequeñecidos quisieran acercarse para consolarse unos a otros. La vida, cargada de presagios tristes, se desliza —se arrastra, mejor dicho —como las horas de esas siestas bochornosas del verano. Diríase que el tiempo se ha tornado plomo, angustia, duelo... ¡hambre!... cuando, en el discurrir deshonroso de un día del mil ochocientos treinta y tantos, el resplandor agonizante de una vela blanquea en lontananza el primer clarinazo de la libertad; regresa Juan Pablo Duarte de “la antigua Metrópoli”.

Y comenzó la lucha. Primero sorda. Gruñendo escondida como un manantial de lava subterráneo. Hirviendo en las entrañas y despertando con su trepidar ebulliente las conciencias. La idea separatista va surgiendo de la nada, sin que nadie sepa dónde nace, y desbordándose por las cátedras, por-el escenario de los teatros, por los púlpitos y

los confesionarios del clero, por todas las tribunas que se abren como centenares de cráteres que vomitaran inclementes el fuego de la libertad latente en otros tantos volcanes escondidos.

Luego crece, se agiganta... estalla!... y el Baluarte del Conde se abre de par en par a la intención reivindicadora y surge bañada en sangre haitiana la alborada del derecho humano que recibe el beso tibio del primer rayo del sol de la libertad.

El 27 de Febrero cambió su condición de fecha oscura y se internó en la Historia —reto de resplandores brillantes— por una senda vasta de esperanzas...! como un sol mañanero bajo el signo de una espiga abierta colgada de un trabuco!



# PAX VOBIS

**Envío: A don Nicolás Helú, afectuosamente.**

Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad! Así cantaron los pastores de Judá cuando el Angel del Señor les dijo: "No temáis, para beneficio de los humanos, traigo la buena nueva que ha de regocijar a todos los pueblos. Os anuncio que en este día ha nacido entre el pueblo de David, en Belén, Jesucristo, Nuestro Señor. Le conoceréis y encontraréis al niño envuelto en pobres pañales dentro de un pesebre". Y se alzó una multitud de voces que, con el Angel de la Buena Nueva, entonaban alabanzas al Señor. Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

¡Y nació el cristianismo y su esperanza de paz comenzó a irradiar el mundo hace cerca de dos mil años!

Luego, con la más bella lección de humildad —¡hágase, Señor, tu voluntad!— se epilogó en el huerto de Getsemaní la vida de prédicas del salvador del mundo.

¡Hermosa y triste leyenda de Navidad que diciembre nos trae ahora envuelta en un sudario doloroso! Hermosa, porque ha hecho que a través de los siglos que nos separan de la pasión y muerte del Hijo de Dios, la paz prometida haya sido el aliento reconfortante que mantuvo los ideales de millones de seres que cayeron desde entonces. Triste, porque el bacilo de la discordia no ha podido ser desplazado aún de sobre la faz del mundo.

El año que termina nos deja un cúmulo de naciones encenagadas en una lucha feroz. Vergonzosa. La lucha de las tinieblas contra la luz —que son las democracias la luz

del mundo—, que empezó cuando Luzbel fué arrojado del Paraíso y que los humanos nos empeñamos en repetir y continuar año tras año.

Europa en llamas y América —nuestra joven América— comprometido su espléndido porvenir en esa lucha diabólica en que el Bien, tarde o temprano, ha de vencer al Mal para que entonces haya “Paz sobre la tierra”.

Pero tenemos fe en nuestro Continente y en nuestras islas. Todos unidos bajo la misma bandera, agrupados bajo el mismo ideal, venceremos definitivamente las tinieblas para cantar entonces: ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad! Porque el hombre nuevo de América traerá al mundo la buena voluntad de los hombres hacia los otros hombres y en un mundo de cordialidad se afirmará la paz definitiva de las naciones.

¡Hermosa y triste leyenda de Navidad que aún conforta nuestro espíritu! Pax Vobis

Santiago, R. D.



# INTERVIU

## PARA UN VIERNES CUALQUIERA

### POR LA REHABILITACION DEL NUMERO 7

Si he de serles sincero tendré que confesar que jamás me había detenido a pensar en ello. Pero hoy se me ocurrió iniciar unos estudios de música y el profesor que elegí para ello me sorprendió agradablemente —digo agradablemente porque aprender algo nuevo es siempre agradable— con una de las teorías más interesantes y más raras que he oído en mi vida. Antes de comenzar la primera lección conversamos un poco acerca de la música, cambiando algunas ideas tocantes a su extraordinario valor (el de la música) como elemento de cultura y como medio exteriorizador de los sentimientos humanos.

Mi profesor —que es un hombre bastante culto y hasta cierto punto consagrado a su arte— me explicó su convicción de que la música tiene un origen divino. Y aquí es donde entra la interesante teoría que tantas vueltas me ha dado en la cabeza desde esta mañana: La divinidad del número 7!

Esto es algo que nunca se me había ocurrido. Francamente, ignoro si las conclusiones a que llega en este sentido mi profesor de música son el resultado de sus propias observaciones, o si son propias de alguna teoría religiosa o filosófica por mí desconocida. Lo cierto es que él comenzó haciéndome observar que el número siete —ese insignificante número que nunca me había llamado la atención— ha tenido una notoria influencia en el desarrollo de la

vida animal, vegetal y mineral del mundo, y hasta en la historia, la religión y también en la fisiología humana. "Fíjate bien —me dijo— que en la música encontramos que siete son las notas, modificadas a su vez por siete sostenidos y por siete bemoles. Siete son las figuras que se usan para escribir las notas. Y yo siempre he creído que en el número siete se esconde uno de esos misterios que los hombres todavía no hemos podido penetrar".

Al principio me pareció que iba a darme ganas de reír la cosa. No sé por qué se me vino a la memoria el chiste aquel del cura que, preguntando a un niño cuántos son los dioses, se sorprendió al oír que le contestaba: siete. Y al pedirle que los enumerara, el niño se los dijo de este modo: Padre, Hijo y Espíritu Santo (van tres). Tres personas distintas (van seis) y un solo Dios verdadero (siete). Pero después que este señor continuó exponiéndome sus puntos de vista no puede menos que reconocer que él tiene toda la razón del mundo. Miren ustedes: en nuestro rostro hay siete concavidades: (dos fosas nasales, dos oídos, dos ojos y una boca). Siete son las peticiones que hizo Jesús en su padre-nuestro. Siete, los días de la semana. El Antiguo Testamento nos dice que Jehová hizo el mundo en seis días y al séptimo descansó. Siete son las divinas palabras del Mártir del Gólgota. Siete las vacas gordas y las vacas flacas que soñó el Faraón cuando en Egipto se iban a suceder los siete años de abundancia y los siete años de escasez. Siete días median entre el cuarto creciente y el período de la luna llena. Cada cuatro veces siete días se produce la menstruación en las mujeres. Siete veces a la semana se retrasa en su hora de llegada el correo de Ciudad Trujillo a Santiago. Siete son las maldiciones que echa Papanó cuando los muchachos le vocean. Siete son las maravillas del mundo. Siete los pecados capitales. Y podríamos seguir enumerando un sin fin de cosas más divinas y humanas, en las cuales interviene el número siete como árbitro y señor. Por ejemplo tenemos que sietemesina era la imprenta que vendió Chaván para realizar un viaje a los Estados Unidos del cual venía hablando desde hace siete años y que se le fracasó siete veces. Siete letras tiene cada uno de los nombres de Chaván (Esteban Mamerto). Siete años hace que Tomás Morel le canta a "UNA NOVIA DE QUINCE AÑOS" que hace siete veces siete años tenía catorce (dos veces siete).

Y si en todos los órdenes de la vida el "siete" se ma-



nifiesta tan palpable y tan imprescindible, ¿cómo dudar que realmente dicho número tiene origen divino y que por, tanto, la música que tiene en él su base desciende directamente de los dioses?

He querido dejar así iniciada la campaña de rehabilitación del número siete. Del insignificante número siete olvidado de todos y tan importante, sin embargo. Que piensen ahora los filósofos y los investigadores y que, mientras tanto, lo vayan respetando los matemáticos de todo el mundo. ¡Para por si acaso!

Hay que sacar al pobre "siete" del olvido en que la incomprensión y el egoísmo humanos lo tienen relegado. Ha sonado la hora de las reivindicaciones supremas y hay que honrar a quien honor merece. ¡Salve, ilustre NUMERO SIETE, por mi boca te saluda toda la humanidad arrepen-tida!





## POR UN HOMENAJE A LA MEMORIA DEL VATE JIMENEZ

Reyes Vargas ha publicado recientemente en LA NACION, de Ciudad Trujillo, un artículo titulado de esta misma manera, que habla muy alto del concepto de justicia y —sobre todo— del sentimiento profundamente santiaguista que ha animado siempre a este intenso y nervioso muchacho de vanguardia que se anda ahora emocionando por todos los paisajes de tierra adentro.

Hace poco más de un año que el Vate Jiménez rindió en Santiago la jornada de la vida. Su obra —de un valor estético que no nos atrevemos a calcular tan a la ligera— persiste en el recuerdo y en el cariño de todos cuantos tuvimos la dicha de alcanzar aunque sólo fueran sus últimos años, y perdurará, sonreída de gloria, a través del tiempo en el aplauso eterno y entusiasta de los limpios de intención.

A la memoria del Vate Jiménez se le debe, pues, este homenaje por que aboga Reyes Vargas. El viejecito ciego que tan sinceramente supo dar cuanto en sí tenía de emoción y de cariño por Santiago, conquistó este homenaje a golpe de amor por lo suyo y a fuerza de una honradez de principios que lo constituye en norte inconmensurable de una manifestación espiritual muy honda.

Por eso un homenaje a la memoria del Vate Jiménez no sería otra cosa sino una deuda que se salda. Un compromiso espiritual que se cumple. Un deber que se realiza.

Reyes Vargas que, en medio de su ausencia material, sigue presente —muy presente— en estas nobles inquietudes santiagueras, ha dicho la palabra y ha iniciado el impulso que nos ha de justificar ante nosotros mismos, cuando hagamos justicia a la memoria de ese “eterno buscador de belleza” que ha sido y sigue siendo uno de los más fieles exponentes de la cultura y de la espiritualidad de Santiago.



# CON MONSEÑOR PÉREZ SANCHEZ Y LAS "HIJAS DE MARÍA" EN ROMERÍA ESPIRITUAL

**Desde el templo abandonado de Nuestra Señora del Carmen hasta la casa del Padre González. En el Cementerio. Un homenaje a Luisita Martínez y a Nereyda Hidalgo. Santiago sabe a intensidad y a sentimiento**

Anteayer Monseñor Eliseo Pérez Sánchez y las Hijas de María de la Iglesia Mayor estuvieron celebrando unos actos muy sencillos, pero que hablaban muy hondo al espíritu. Unos actos de un incomparable sabor humano.

Se estaba celebrando la festividad de la Inmaculada Concepción, bajo cuya advocación ha sido creada la congregación de Hijas de María, y éstas prefirieron consagrar el monto de sus cuotas de todo un año al socorro de los desvalidos, antes que entregarse a los placeres de la fiesta que se proyectó al principio. En el antiguo templo en desuso de Nuestra Señora del Carmen, que está situado frente al parque Duarte, se albergaron más de cien pobres, niños y ancianos de ambos sexos, y después que Monseñor Pérez les rezó el rosario y que don Nicolás Helú, el dinámico Presidente de la Acción Católica les dijo algunas palabras de cariño y de consuelo, se fueron a sus casas —los que tienen casa— con la seguridad tranquilizante de una buena cena y quizás hasta de un sólido desayuno para el día siguiente.

El acto fué conmovedor e intenso. Asistieron a él, dele-

gadas por las Hijas de María, y además de Monseñor Pérez Sánchez, don Nicolás Helú y el que estas notas hilvana, las espirituales señoritas Hortensia Pérez Sánchez, Nelly Pérez, Wilna Villanueva, Sofía Malagón, Rosario Hidalgo, María Albaine y Mercedes Sahad.

### **En el Cementerio. Un homenaje a Luisita Martínez y a Nereyda Hidalgo**

Finalizadas las limosnas y frescas aun en todos los oídos las bendiciones de los pobres, Monseñor Pérez Sánchez me invitó a acompañarlo —a él, a don Nicolás Helú y a las Hijas de María— al Cementerio, donde se iban a depositar unas flores en las tumbas de dos compañeras desaparecidas.

La tarde, magnífica y espléndida, era como un remanso amable y atrayente, en el que el Cementerio parecía arrodillado frente al paisaje de unas montañas azules que cortaban al fondo el panorama con su mansedumbre de siglos.

Ante la tumba de Luisita Martínez —de esa Luisita que tan tempranamente se llevó la vida— llorosa y arrodillada, encontramos a doña Marcela con lágrimas de inconformidad en las mejillas y con el rosario en la mano. Como si estuviera clavando en el cielo su protesta y como si al mismo tiempo su sentimiento cristiano le dictara: ¡hágase, Señor, tu voluntad!...

Una de las muchachas dejó las flores en los búcaros y Monseñor cantó un responso. Doña Marcela estaba ungida de Dios. Santa Teresa de Jesús, un día en que había sufrido poco, exclamaba con angustia: «Señor! ¿Dónde has estado hoy, que no te siento?»

Luego nos fuimos a la tumba de Nereyda Hidalgo. El dolor de doña Toñita, hondo y todo, permanecía callado y las lágrimas se le adivinaban por dentro. Evocamos la tragedia que conmovió a todó Santiago y con el alma acompañamos a Monseñor en su responso.

### **Con el Padre González en el 59º aniversario de su ordenación. Santiago sabe a intensidad y a sentimiento**

Ya después de las cinco de la tarde enfilamos todos hacia la residencia del Padre González. Papá Chuchú cum-



plía anteayer el 59º aniversario de su ordenación y queríamos felicitarlo. Nos recibió en la sala de su casa. Aquí los minutos se nos pasaron volando.

Este señor de ochenta y cuatro años, fuerte todavía, es una persona encantadora, y su palabra reposada y optimista nos llena de entusiasmo y nos emociona profundamente. Acaba de presentarnos a su hermana Guadalupe, que al cumplirse el Primer Centenario de la Independencia Nacional contará noventa y cinco años de edad, y ahora nos va a recitar unos versos que acaba de escribir. Se trata de la letra de un Himno al Corazón de Jesús al cual va a poner música en estos días. Son lindísimos y tienen una emotividad mística que cautiva. El Padre González es autor del Himno de las Madres que se canta en las escuelas del país y del Himno al Maestro. También cuenta en su haber numerosas canciones sentimentales que él mismo componía y cantaba con una voz bellísima, y es un poeta de grandes méritos. Habla de historia y expone unos conceptos muy suyos acerca del General Pedro Santana. Brindamos porque podamos celebrarle muchos aniversarios como éste y él nos expresa su satisfacción por las múltiples atenciones de que lo rodean los padres canadienses que están ahora encargados de la Parroquia de Nuestra Señora de la Altagracia en cuyas cercanías reside Papá Chuchú.

“El año que viene...” nos habla un rato de cómo celebraremos el 60º aniversario de su ordenación, y cuando nos despedimos de él llevamos un sentimiento optimista y una sensación de serenidad. Ahora comprendo mejor lo que debió sentir Moisés cuando escuchó en el Sinaí los mandamientos del Señor.

La tarde seguía espléndida y magnífica. Su serenidad ya no se arrodillaba ante el panorama del Cementerio recostado en las montañas, sino que desleía sus últimos momentos entre un reguero de sol y un sobresalto de colores. Desde lo alto de la calle Presidente Trujillo, Santiago sabe a intensidad y a sentimiento. ¡Cómo si se hubiera propuesto contárselo todo al espíritu!

Diciembre 10 de 1943.

Santiago, R. D.





# UNA REALIDAD EN SUS DIVISAS

Por P. A. REYES VARGAS

Ante todo —y es bueno advertirlo— no pensamos juzgar a Reyes Vargas por este libro. El no tiene la culpa de que su nerviosidad lo haya llevado hasta el extremo de lanzarse a publicar una obra que no estaba terminada y a aparecérsenos así, de improviso, con un libro que, estando dedicado a los valores intelectuales de la juventud santiaguésa, deja, sin embargo, en el olvido a los que constituyen, quizás, el núcleo principal de esos valores.

Tenemos, por ejemplo, que mientras Reyes Vargas se engolfa en adjetivos para algunos señores que permanecieron casi totalmente desconocidos hasta ahora en nuestros círculos literarios, llegamos al final del libro sin que por ninguna parte aparezcan los nombres de Joaquín Balaguer, Tomás Hernández Franco, Manuel Cabral, M. Armando Lora, Bisonó Fernández, Benjamín Guzmán, y otros que son los verdaderos integrantes de eso que estamos llamando nueva intelectualidad santiaguésa.

Y no hay derecho. “América, Voz de Futuro”, aquellos versos a su hijo Lenín, lo edificante de sus inquietas bregas periodísticas, sus reportajes de tierra adentro tan llenos de dominicanidad, todos esos ensayos que tantos aplausos y tanta admiración le han conquistado, nos daban derecho a esperar de Reyes Vargas un primer libro que realmente mereciera la gloria de ostentar en su frontispicio el nombre de este nervioso compañero nuestro que tanto se ha distinguido en el empeño común del minorismo por la integración espiritual de América.

Pero no podemos echarle a él una culpa de la cual so-

lamente es responsable su misma inquietud, esa nerviosidad suya que lo ha hecho apresurarse demasiado esta vez. Esperemos que algún día caerá en nuestras manos, encerrando en un pergamino, su "América, Voz de Futuro", o cualquier otra cosa de Reyes Vargas a la cual podamos tributar este aplauso que no nos quiere salir para "UNA REALIDAD EN SUS DIVISAS".

Santiago, R. D.



# RECORDANDO UNA INICIATIVA DEL PROFESOR AMIAMA GOMEZ

## ALGUNAS SUGERENCIAS NUESTRAS

Hace algunos años —un 24 de junio si no nos falla la memoria— tuvimos ocasión de leer en las páginas del gran diario cibaño “La Información”, un artículo que nos sugestionó extraordinariamente por la alta significación moral de su propósito, obligándonos, por decirlo así, a prestarle todo el apoyo que nos hacía posible nuestra ocupación de entonces en la corresponsalía del “Listín Diario” en Santiago.

Calzaba el artículo en cuestión la autorizada firma del gran visionario dominicano, Profesor Amiama Gómez, y en él se abogaba porque “la Secretaría de Estado de Educación Pública y Bellas Artes autorizara a la Asociación de Maestros Dominicanos a solicitar de cada uno de los CIEN MIL ALUMNOS DE LAS ESCUELAS PUBLICAS DEL PAIS, en el entonces recientemente establecido DIA DEL MAESTRO que se celebra el 30 de junio todos los años, la módica suma de DIEZ CENTAVOS, por una sola vez, a fin de reunir DIEZ MIL PESOS MONEDA AMERICANA, para levantar a la entrada del Colegio “MEXICO” de esta ciudad, un monumento que perpetúe la imborrable memoria de la eminente educadora desaparecida, señorita Ercilia Pepín.

El monumento —de haberse prestado a la iniciativa del Profesor Amiama Gómez la atención que merecía— hubiera estado constituido por UNA FUENTE SIMBOLI-

CA, toda de mármol blanco, representando a la casta dama en túnica talar, a la usanza griega, con un tomo de LA MORAL SOCIAL, de Eugenio María de Hostos en la mano, llevando atada a la cintura LA BANDERA DOMINICANA que ELLA amaba como nadie, con un gran haz de blancas azucenas a los pies, sobre un gran pedestal que MANE EL AGUA DE SU YAQUE AMADO a manera de MANANTIAL NATURAL como era ella”.

La iniciativa, inspirada en los altos ideales que fueron norte de las patrióticas actividades de la culta HIJA BENE-MERITA DE SANTIAGO, tropezó entonces con la indiferencia de los que habrían podido —con un poco de buena voluntad— convertirla en una hermosa realidad.

Hoy cuando, gracias al esfuerzo de nuestro ilustre Jefe Unico, el Generalísimo Trujillo, el número de alumnos de nuestras escuelas públicas ha aumentado considerablemente y ya no sería necesario que cada uno contribuyera con DIEZ CENTAVOS sino que podría reducirse a la mitad el monto de esa contribución y aun así se lograría una suma mucho mayor que la calculada por el Profesor Amiama Gómez; hoy —a casi tres años de aquella hermosa iniciativa— cuando la República entera se prepara para celebrar con inauguraciones de importantes obras públicas el Primer Centenario de nuestra Independencia ¿no sería posible agregar a la esplendidez de esa celebración el homenaje de gratitud que la Patria debe a aquella noble mujer que se dió entera al servicio de los más altos ideales del magisterio nacional?

El monumento podría erigirse, en vez de a la entrada del colegio MEXICO, en uno de los paseos de nuestro parque RAMFIS y así no sería sólo el homenaje de los escolares dominicanos sino que revestiría características del homenaje popular de que es necesario hacer objeto a la respetada memoria de la señorita Ercilia Pepín para reafirmar el concepto de la gratitud dominicana.

El Honorable Ayuntamiento de Santiago podría sumar a este homenaje una cooperación efectiva designando con el nombre de la inolvidable educadora, una de las calles de este pueblo tan amado por ella, y así la celebración del Primer Centenario de nuestra Independencia alcanzaría en Santiago, y para toda la República, el éxito imperecedero que merece.

Santiago, mayo 4, 1943.



# CULTURA FISICA

**Es absolutamente necesaria la vigilancia médica en los ejercicios físicos que practica la juventud dominicana**

Hace algún tiempo publicamos, con este mismo título, un pequeño artículo que hoy nos creemos obligados a recordar, por el incremento que ha alcanzado en el país, gracias a la loable disposición del Honorable Presidente Trujillo que creó las salas de Cultura Física en las principales ciudades de la República, la educación física o fisiológica en nuestro medio.

Decíamos entonces que “al incluirse en los programas de estudio de las escuelas públicas varias horas semanales dedicadas a la educación física o fisiológica —como quiera llamársele, aunque de la última manera con más propiedad— el propósito primordial es dotar al estudiante del desarrollo indispensable para la buena marcha del “motor” humano. Y, teniendo en cuenta el valor terapéutico de esta clase de cultura, más digna de encomio encontrábamos la disposición del Departamento de Educación que incluyó en los programas de estudios de esas clases”.

Hoy que se ha intensificado notablemente y que se presta una mayor atención a los ejercicios físicos, concediéndoles a la semana más horas de las que ordinariamente se les concedía antes de la instalación de las salas a que nos referimos en el primer párrafo, creemos necesario advertir nuevamente que la Educación Física debe estar integrada por una serie de métodos tendentes a organizar el desarrollo del organismo y a educarlo enseñándole, por decirlo así, un funcionamiento fisiológico que redunde en

beneficio del mismo organismo. Al hacer más flexibles los músculos y los ligamentos, al darle un juego máximo a las articulaciones, al desarrollar el trabajo útil del corazón y los pulmones y hacer afines los reflejos del automatismo medular, acortando el tiempo de las respuestas cerebrales —afirma el doctor P. Carnott— se aumenta notoriamente el valor y el rendimiento del organismo hasta llevarlo a un mejoramiento del desarrollo anatómico.

Es, pues, incalculable el valor terapéutico de la Educación Física. Pero al estudiar sus ventajas hay que tener en cuenta las desventajas que asimismo lleva consigo y, al tratar de establecer un equilibrio entre estas ventajas —o mejor dicho—, al tratar de obtener los valiosos y enormes beneficios que puede reportar este agente terapéutico, se hace necesaria, absolutamente necesaria, la intervención de un médico que estudie cuidadosamente la constitución del organismo, sus predisposiciones mórbidas, sus lacras hereditarias o personales, y que luego de un examen detenido determine y autorice el sistema que deba practicar de acuerdo con la edad, el sexo y el grado de desarrollo orgánico del individuo.

Los niños débiles o defectuosos, por ejemplo, deben indefectiblemente hacer una gimnasia que sea “médicamente” vigilada, ya que les resultaría altamente perjudicial practicar el mismo sistema recomendable a los que poseen un organismo normalmente desarrollado.

Sabido es que todos los organismos no se desarrollan uniformemente, y una Cultura Física carente de dirección médica puede hasta acentuar los defectos orgánicos de origen, dando, en los más de los casos, resultados lamentables. De ahí que nuestros deportistas —por lo general muchachos pobres de nuestras barriadas, ignorantes y faltos de consejos médicos— se desgasten casi siempre prematuramente, deformando su organismo y comprometiendo gravemente su salud.

El ejercicio físico es tan medicamento como cualquier medicamento farmacéutico, con la ventaja de que sirve al mismo tiempo a la terapéutica curativa, y por lo tanto tiene su posología, su dosis máxima, sus ventajas y sus inconvenientes y sus indicaciones y sus contraindicaciones severas. Y solamente un médico puede contrapesar unos y otros y obtener de dicho valioso agente terapéutico los resultados beneficiosos que se pueden y se deben esperar de él.



Por eso decíamos cuando publicamos nuestro primer artículo referente a esta materia que un simple señor que conoce de memoria, por haberlo practicado, dos o tres métodos extranjeros de ejercicios —o sea uno de los antiguos maestros de Cultura Física de las escuelas, o cualquiera de los directores de las actuales salas de Cultura Física— no tiene capacidad para determinar la clase de ejercicio que conviene practicar a cada organismo.

Y quisiéramos ver —para beneficio de esos muchachitos que asisten a las salas de Cultura Física— que uno o varios médicos que, por lo menos una vez al año, la iniciarse las clases, examinaran a los alumnos y les eligieran el sistema de ejercicio que deben practicar.

Entonces sí que se estaría cumpliendo a cabalidad el loable propósito que indujo al Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Honorable Presidente de la República, a disponer la instalación de las salas de Cultura Física con que en la actualidad cuenta el país.





# NUESTRA PRIMERA EDICION DE 1942

*(Editorial de la revista "Simiente", enero de 1942)*

Con esta edición de "SIMIENTE" estamos abordando el interrogante que enero ha plantado en la senda de nuestras luchas. El jalón de un nuevo año nos está mostrando la obscuridad de sus rutas y por ella nos adentramos con la misma segura confianza con que hace año y medio nos lanzamos a la arena del periodismo, llevando bien alta la bandera del ideal noble y grande que defendemos.

Creemos que don Quijote no hizo nada más que adelantárenos cuando pensó que "vale más un camino y un andar, que un haber llegado y descansar". A nosotros no nos sedujo nunca la vida cómoda y tranquila de la felicidad lograda. Nos atrae más la incierta alternativa de una esperanza de triunfo y un temor de fracaso que a cada año que se inicia se enfrenta en las vidas. Nos gusta más despejar la incógnita, abrir la senda, que encontrar el camino expedito y avanzar por él sin temor de sorpresas desagradables, ni tropiezos con los sacrificios y las dificultades que siempre tratan de obstruir el paso de todo el que siente correr por sus venas sangre de luchador.

Nunca nos dormimos al final de una ruta. Ni siquiera nos detenemos a celebrar el triunfo del jalón logrado. Sino que nos lanzamos inmediatamente en busca de la senda nueva por la conquista del ideal común.

Esa es nuestra misión. Somos felices porque nunca encontramos la felicidad. Encontrarla significaría despojar-

nos de nuestras inquietudes, de nuestras preocupaciones, abdicar radicalmente de nuestros ideales. Y ya que esa es la felicidad no nos seduce ni nos atrae. Preferimos el torrente tumultuoso, que destruye y crea al mismo tiempo, al lago apacible en cuyas ondas quietas no caben los rugidos de la corriente fuerte ni el anhelo de esas olas encrespadas que parecen querer besar el sol cuando se alzan.

Por eso, nuestra primera edición de 1942 —pésele a todos los sacrificios que nos cuesta— viene impulsada por el mismo entusiasmo vivificador de todas las anteriores ediciones y por el mismo entusiasmo con que vendrán las próximas. Porque “vale más un camino y un andar, que un haber llegado y descansar”.



OBRAS PUBLICADAS

CONFIDENCIAS —versos— 1940

POEMAS CORTOS

DE LA

ANGUSTIA LARGA —versos— 1941

HISTORIA DE NUESTROS

SERVICIOS DE COMUNI

CACIONES —conferencia— 1942

SONETOS —versos— 1942

LONTANANZA

ADENTRO —versos— 1943

COSAS MIAS —ensayos— 1944

EN PREPARACION:

CUENTOS —idem—

YO —novela—

y otras que no han sido tituladas todavía.



